Anatomía de un ángel hembra

Pedro Andreu

LEER

ANATOMÍA DE UN ÁNGEL HEMBRA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del editor.

Portada: Javier Vellé © De los poemas: Pedro Andreu, 2008

© Del prólogo: Cristina Cerezales, 2008

© 2011, Leer-e 2006 S.L.
Monasterio de Irache 74, Trasera - Pamplona
www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15370-94-9

ANATOMÍA DE UN ÁNGEL HEMBRA

Pequeña antología de poesía amorosa y un réquiem de nanas negras
(1997-2006)

Pedro Andreu

A Javier Vellé y Andrés Duvet, traficantes de sueños y amigos en serio

CARTA A PEDRO ANDREU A MODO DE PRÓLOGO

Querido joven poeta,

Leí tu carta que acompañaba el envío del poemario "Anatomía de un ángel hembra" y en la que me comunicabas tu deseo de que escribiera un prólogo para él. A pesar de las dudas de mi capacidad para esa tarea, no soy una experta en poesía, la carta era tan sugerente que me condujo a leer tu "biobibliografía" que me condujo a leer tu poemario, todo de una sentada. No lo hice así urgida por el compromiso ni mucho menos, lo hice porque me gustaban tus palabras, el sentido que les dabas, la libertad de tus frases, de tus construcciones, la magia que con ellas creabas. Me ocurrió lo mismo que me ocurre cuando voy a una exposición de pintara que me atrapa y estoy deseando llegar a casa y ponerme a pintar, no a pintar lo que he visto ni nada semejante, a pintar porque una buena pintura me despierta las ganas. Con tus poemas me ocurrió lo mismo en escritura. Pensé que se habían acabado las vacaciones que me estaba concediendo después de la última novela, y que me urgía ponerme a escribir. Me acerqué a la Casa de Cultura de Majadahonda y pedí tu libro "Partida entre canallas" porque tenía ganas de seguir leyéndote y conociéndote como poeta. Recordé que en el año 2001, cuando ganaste con este poemario el "Premio Blas de Otero" del Ayuntamiento de Majadahonda, recibí una llamada desde Mallorca de nuestro común amigo, el escritor Avelino Hernández, para que no dejara de ir a escucharte en la presentación del premio. Me habló con enorme entusiasmo de tu poesía diciéndome algo así como lo que después escribió, que eras un creador profundo y diferente, osado y sin tapujos, que usabas las palabras como queriendo hacer daño, fiel sólo a ti mismo y a tus versos. El criterio literario de Avelino era para mí incontestable y sentí gran interés y curiosidad por tu obra, pero no fue posible el encuentro en aquella ocasión porque un viaje me retenía lejos del lugar en las fechas anunciadas. Después la vida me enredó, como siempre ocurre, arrastrándome a otros temas. Pero ya sabes que Avelino no cejó en ningún empeño. Lo que no remató en vida lo

hizo después de su prematura muerte. Recuerdo con emoción aquella tarde de verano del 2003, en la explanada de Selva, donde Teresa nos reunió a los amigos íntimos del escritor que pudimos acudir a la isla para rendirle un primer homenaje postumo (los amigos íntimos o que así nos consideramos-de Avelino, se cuentan por centenares). Varias voces se elevaron manifestando su amistad, su agradecimiento o su dolor por la pérdida del amigo. Y entre otras, de pronto, tu voz, rasgando el aire como una saeta, brindándole a tu mentor uno de tus poemas: claro, conciso, límpido, osado. Un estremecimiento recorrió a los allí reunidos y yo agradecí a Avelino este último regalo (más tarde comprobaría que su generosidad no se había agotado y que había de recibir muchos más).

Ahora tengo junto a mí tus dos libros ya leídos: "Partida entre canallas" y "Anatomía de un ángel hembra". ¿Qué es lo que me remueve tanto en ellos? En parte es el lenguaje, crudo y directo, sin concesiones. Me remueve la juventud herida que grita airadamente su rebeldía contra este mundo de opuestos. No existe para ella el bien ni el mal, ni lo correcto o incorrecto, todo se funde en el mismo crisol y la vida coge su dimensión completa al no estar sometida a las múltiples divisiones que le imponemos. Me gusta cuando en un mismo poema afirmas y niegas o reniegas: ... Y al final de algún día

me he visto confesando
para horror de un amigo;
o quizá alguna tarde
de arrastrarte hacia el cuarto lo habré dicho:
que fuera de los libros
no hay amor, mi amor;
que todo lo inventaron los poetas, esas furcias borrachas
que vendieron sus almas
por un gramo de mierda.

Porque la juventud combativa es eso: pelear y abrazar al mismo tiempo. Tú lo cuentas con el lenguaje marginal del siglo XXI, empleas las palabras de la noche, de resaca de alcohol y drogas. Consigues con ese material de deshecho construir buena poesía, de la que despierta y remueve, de la que hace caminar y te balancea en su ritmo irregular y preciso. Porque detrás de cada patada hay un canto a la vida, al amor perdido o imposible, al amor en espera o recuperado: ... Conociste el sabor despreciable de la cicuta, el rostro más horrible de las horas, y sin embargo, todavía, amas la vicia:

esta herida bestia en celo que te quiebra la sangre sin descanso, que respira contigo y te acecha desnuda tras la puerta de casa.

He recordado al leerte los versos que tanto me gustan de Lou Andreas Salomé, la valiente escritora rusa del siglo diecinueve que, en plena juventud y gravemente enferma (después consiguió vivir en plena salud hasta los ochenta y tantos años) decía en su Oración a la vida: Sí, así el amigo ama al amigo, como jo te amo a ti, vida inexplicable, me hagas reír o me hagas llorar, me des la dicha o el dolor.

Y ya que te hablo de Lou Andreas Salomé, cómo no voy a hablarte de su ilustre amante, Rainer María Rilke. Desde que me adentré en "Anatomía de un ángel hembra" ha estado todo el tiempo conmigo, por eso de los ángeles que os acompañan y que poco a poco van debilitándose hasta quedar reducidos a un mínimo: En la poesía de Rilke:

No he soltado a mi ángel mucho tiempo, y se me ha vuelto pobre entre los bracos, se hizo pequeño, y yo me hacía grande: de repente yo fui la compasión; y él solamente, un ruego tembloroso...

En la tuya:

Tu ángel pierde sangre, demasiada, al sur del omoplato y magulladas tiene las rodillas. La sacaron a rastras de aquel antro donde luchó por ti, caliente de gin tónics...

Y es que, en algún momento, el poeta tiene que soltar al ángel, aunque sea hembra, y volar por cuenta propia. Rilke, en las Elegías de Duino, nos advierte del peligro "...Porque lo bello"-nos dice- "no es sino el comienzo de lo terrible, ése que todavía podemos soportar;/ y lo admiramos tanto porque, sereno, desdeña destruirnos./ Todo ángel es terrible".

Después de estas reflexiones pensé en si me sentía capaz de prologar tu libro y en un intento me puse a estudiar su estructura, las distintas partes que lo componían. Anoté que la primera, "Dislocación de un ala", venía a continuar "Partida entre canallas" con una voz ya más lejana y distante del dolor, en la que el canto al

amor imposible por perdido se mezcla con el canto a otras atracciones, pasajeras y un tanto despreciadas a veces, pero en cierto modo sanadoras. "Ángeles caídos en golfemia" era otra cosa, yo la sentí como un descanso incendiario, una temporada en el infierno a tu manera, que no tiene nada que ver con la manera de Rimbaud, quien, sin embargo, también estuvo acompañándome con su juventud dislocada y rebelde mientras leía tu libro; y después nos brindas el alivio de "Llámalo alquimia" que es un canto más esperanzado, un renacimiento, el ave fénix surgiendo de las cenizas. Y pensé que estas tres partes componían para mí una obra redonda y completa, una metamorfosis, una transformación en tres tiempos. "Las nanas de plumas negras" me resultan extrañas en este libro, es otra voz del poeta. Quizá sean necesarias para completar la crónica de los años que describes, pero las alusiones que ya haces al tema dentro de los otros cortes del poemario me parecen más integradas.

Después de este reducido análisis sentí que no quería intervenir en el texto ni interpretar tus palabras que debían de llegar solas y aladas, sin guías ni señales, al lector que las enfrenta. Por eso no redacto un prólogo y te escribo esta carta "a modo de.." por si te sirve y quieres utilizarla.

Y aquí me despido, joven juglar, querido ya para siempre. Y te mando un abrazo idéntico al tuyo que tanto me gustó recibir, "un abrazo de poeta, muy lento, casi de caracol o tortuga, vértigo de horas mansas, palabras en celo y un puñadito de azúcar para endulzar tu risa".

Hasta pronto

Cristina Cerezales Laforet

ANATOMÍA DE UN ÁNGEL HEMBRA

Pequeña antología de poesía amorosa y un réquiem de nanas negras (1997-2006) Pedro Andreu

Se trata de escribir un poema, o una cosa, donde se especifiquen los desperfectos que ha sufrido un ángel al caer (de bruces) contra el suelo.

Eduardo Fraile Valles

Cada dia passaves corrensosper davant la meva finestra, un dia vares deixar de passar i ara els matins són més tristos aqui, al manicomi.

Santi Andreu y Jaume Nadal

Dislocación de un ala

Madrugadas de radio (versión en castellano)

A mi hermano, por Ullastre
¿Te has parado a pensar lo que sucederá?
Buscarás respuestas a la vida en el techo, apilarás botellas de ginebra debajo de la cama, fumarás tres paquetes en un día, cubrirás de colillas todos tus ceniceros.
Llenarás de palabras adustas los cuadernos que luego leerás como si repartieras hostias n la radio, entre un tema de Dylan y otro de Pink Floyd.
Te dejarás hacer por la resaca, abrazarás l cuerpo despacioso del tedio, la soledad de ojeras malvas que refleje tu espejo.
Y cuando al fin te creas que tienes las respuestas, la jodida existencia cambiará de preguntas.
Y te irás a otro piso, y dejarás la radio, y no saldrás de noche ya nunca a la ventana a fumarte el penúltimo con la esperanza ciega de encontrártela abajo.

Los ángeles domésticos

Has ido conociendo en tu existencia
enfermedades crónicas que fuiste domesticando: como la poesía,
vino añejo del alma; la extraña propensión a frecuentar
comarcas de tristeza, tedio, nostalgia; el mar turquesa y traicionero
del deseo, sus naufragios, las islas despobladas del sexo por el sexo.
Y también conociste enfermedades graves: el amor más desnudo, el
que da fiebre y nos saquea por dentro como huestes de un cáncer
sin escrúpulos.
Aprendiste deprisa el perfume a ron barato de los abandonados, a
buscar en los libros antídotos inútiles contra tanto desvelo, tanto
sudor y escalofríos como hubieron.
Conociste el sabor despreciable de la cicuta, el rostro más horrible
de las horas.
Y sin embargo, todavía, amas la vida: esta herida bestia en celo que
te quiebra la sangre sin descanso, que respira contigo y te acecha
desnuda tras la puerta de casa.

De las horas perfectas

Ahora, que ya cumplimos veinte, mientras la juventud
quema mi espalda como un sol de desierto, sentado en estas tejas de casa de tu padre
como un filósofo estoico o un matón de arrabales, he cesado un momento mi idiota oficio de pintor de brocha gorda, por supuesto, para fumarme un cigarrillo y admirar la luz rotunda de estas horas perfectas
en que el mundo parece
una postal de valles
con montaña a lo lejos.

Cuando el tiempo desmenuce los instantes y el cuchillo del recuerdo se detenga a mutilar escenas, nombres, caras..., no quedarán los cuerpos empapados, entregados y dulces bajo el agua, en la piscina amplia como el verano envejecido. Ni siquiera el sudor de amarnos a la hora de la siesta
cuando el calor pesa en los huesos, ni las largas discusiones de política y este país extraño donde todo va bien, aunque no haya trabajo, ni las ganas, ni suerte.

Ahora que la vida se hace polvo bajo este sol desmemoriado de final de los noventa, te digo que apenas quedará
de estos días tranquilos
sino la rara sensación de estar fumándome un cigarro, y escuchar allá abajo las risas
mientras haces café y yo te quiero; la certeza de que
no importa camino de qué ciudades o brazos diferentes
estés en el futuro,
en las horas más puercas, de que esto que hoy vivimos será nuestro ya siempre;
a pesar de este país complejo de horas grises, impuestos y mucha desmemoria.

Desasosiego (a la maneta de Pessoa)

Mi vida está cansada de vivirme.
Está harta de caminar descalza por la playa sin nada que hacer, tirando piedras a la ciudad del fondo, trepándose sin ganas a las vértebras hundidas de la tarde.
Mi vida, mi vida, mi perezosa
vida de estar por casa en zapatillas, hecha de días torpes y noches inyectadas.

Es como si me pegaran - a veces -
con mi vida en la boca.
Y ya no tengo fuerzas para encajar más golpes.

Hijos de un dios cabrón

A Julen, por dejarse robar el título

Recuerdo aquellos años que nos vieron follar - como ángeles caídos -
encima del sofá de casa de tus padres: nuestro descaro altivo, enamorado del mundo que pisábamos.
Recuerdo el arrabal del paraíso, sus madrugadas húmedas, los charcos donde saltar borrachos de alegría, el torpe amarse mal por vez primera, casi a escondidas, en un cuarto prestado, de un par de adolescentes asustados de tanta piel desnuda.
Me acuerdo de mis guardias delante de tu casa,
de tus hazmedebarroentrelaspiernas y del cielo rajado de las tardes detrás de tu ventana.
Recuerdo que aprendimos de memoria las pecas de la espalda a unir a dedo, y las mañanas largas donde hacíamos maratones de sexo en tu bañera.

Recuerdo los paseos callados por la playa de aquel último invierno, y también una tarde
que nos pudrió de pronto la alegría, que nos llenó el amor de bichos feos y donde la memoria quiso
tirar de la cadena.

Qué íbamos a hacerle, cielo, si éramos tan sólo hijos bastardos de un dios cabrón y un ángel hembra que nos dejaron olvidados en los pasillos fríos, en los libros, de aquella triste Facultad de Letras.

Confesión a media luz

Imagino palabras.
Unas palabras ciegas que masticar deprisa para no hacernos daño:
que el amor de verdad, el que escapa a los gritos, al tedio de semanas mellizas, a reproches y celos y amarguras no es sólo Literatura.
Pero es tan inútil:
mis años aseguran otra cosa, me dicen lo contrario.

Y al final de algún día me he visto confesando para horror de un amigo; o quizá alguna tarde de arrastrarte hacia el cuarto lo habré dicho:
que fuera de los libros no hay amor, mi amor; que todo lo inventaron los poetas, esas furcias borrachas que vendieron sus almas por un gramo de mierda.

Nostalgia del Paraíso

¿Recuerdas esas noches de los sábados - de juventud borrachas nuestras bocas -
en que el mundo se vestía de estreno y se quitaba ropa para que nuestras manos - tan frágiles y torpes, de bohemios -
en años de estudiar pudieran simplemente - un escaso minuto - rozar las fugitivas plumas
de una hembra de ángel?

Con una goma áspera

A Altagracia, que me enseñó a volar

Escribíamos palabras tan sencillas...; un poemario lila y melancólico como nuestros diecinueve años.

Era la vida indócil y dolía de amarla tan a pelo, inconscientes del mundo. Aprendíamos a querernos en aquella bohardilla de ventanales rotos.

- Os ganaréis el pan con sudor y trabajos - nos decían los vecinos decentes, profesores, nuestros padres...
Pero no quisimos hacer caso.

Elegimos cantar como cigarras - en pelotas -
y comernos a besos en las tejas y escupir a la calle acobardada.

Mas vendría la hambruna a visitarnos a la ciudad de hormigas
un invierno cualquiera:

saldrían humedades en paredes,
palabras feas en poemas, vinos agrios, frases hastiadas en nuestros papelotes.

Y entonces las semanas se volverían perros y la vida nos daría su primera paliza al borrarnos tanto amor de los cuadernos con una simple
goma áspera.

Femme fatale

Muchas veces soñé que me acostaba con mujeres fatales en insolentes noches
de vino y persecuciones en coche, con huidas y besos y manos que subían debajo de sus faldas despeinadas.
Pero al fin descubrí que esas mujeres complicadas y extrañas,
de piernas de milagro y ojos intoxicados, de caderas de escándalo y tacto fácil - tan admirables siempre en las novelas -
suelen ser algo incómodas
en la vida real, en una cama cierta.

Me costó tres palizas darme cuenta, y arruinarme la vida, y aguantar algo el tipo cuando me dieron calle, aire, palabrotas...
y un corazón mojado que no seca.

Escena de desdén al alba

Roto me apartas de tu cuerpo animal casi en cueros
como luz despeinada
que le crece a la noche y me dices que no y me lo repites
Quemo hachís en la ventana gorriones escaleras mis versos el
saxofón helado de los barcos esta puta realidad de un jueves su
cielo de butano

No hay felicidad no existe el mundo ni Pedro Andreu tampoco

Café Central, invierno de 2005

Das sorbos pequeñitos al café,
miradas a las mesas y a sus muertos, largas caladas al cigarro que te hacen toser, y en las hebras del humo se dibujan escenas minuciosas del pasado:
antiguas novias desvestidas de rojo en aquella buhardilla que alquilabas cuando eras estudiante y la ciudad ardía, la belleza de ciertas tabernas a media madrugada bajo un humo de música violenta, la imagen de una higuera debajo de la lluvia la noche en que murió tu padre
o recuerdos muy vagos de un joven cumpleaños en que dejaste al fin tu cuerpo extenuado al lado de una hembra y el sexo hedía a flores.

Das sorbos al café hasta dejar el fondo del vaso de cristal negro de posos.
Tienes los ojos rojos de recuerdos de un tiempo en que la vida parecía acercarse con cadencia de frase, como hace en los poemas.
Luego coges tus cosas, te acercas a la barra, pagas un euro diez, dejas propina, apagas tu cigarro contra el suelo y las delgadas alas de un ángel hembra mueren como se muere el humo
al golpear la luz en cueros de las primeras horas de otro lunes camino del trabajo.
Al salir a la calle vas pensando que hay nostalgias peores que mearse en la cama y alegrías tan vivas como una borrachera.

Escalofrío

Volverás en el taxi con los ojos hinchados.
Me buscarás en cada parada de autobús.
Pero ya no estaré. Subirás treinta y tres escalones, caracol hacia casa. Abrirás puertas.
Y todo igual que antes, como si nadie hubiera huido, como un museo intacto de nuestro amor perdido en el camino, que tiembla como un loco entre los árboles.
Estarán mis libros en tus cajas, nuestra ropa todavía mezclada en los armarios,
imágenes muy nítidas de la última noche en que dormimos juntos y supimos
que no era ya tu adorada bestia,
ni tú mi tierno animal melancólico.

Encenderás la tele, bajarás el volumen, ejarás que el hachís de la nostalgia inunde tu memoria. Quedará en pocas horas tu triste cenicero ahogado de pavesas, de ceniza herida. Qué vastedad de barrios, qué vacío de ausencia, qué distancia de nadie nos aguarda. Quién barrerá tantos años con escobas de paja hacia el olvido. Quién le dirá a la vida que no es justo que se empeñe en hacernos otros planes distintos. Qué pasará con nosotros...
Humo ha de ser el pasado, eso nos dicen.
Y será tan extraño oír mi nombre
separado del tuyo si me llaman.

Réquiem por las pequeñas cosas

Hubo llaves, domingos frente al mar, las algas de la playa, casa de sus abuelos, y viajes y mochilas, bicicletas, ternura, unos poquitos muebles, tantas risas, silencios agradables, aeropuertos
y puertos, vuestra gata, terrazas de verano, cenas, porros, vino, versos, despedidas y encuentros, besos de tango, abrazos de bolero, traslados, tuberías
que siempre se averiaban, alquileres, desahucios, una moto, la gente que no daba dos duros por vosotros, tu bohemia, sus ganas de encontrarte cualquier trabajo estable, su arcoiris perenne en tu país tan negro, amor que ambos sabíais que era eterno.
Dónde ha quedado todo, qué fue del maizal que ardía entre vosotros si os tocabais.
Sólo pequeñas cosas te han quedado: algunas fotos buenas, otras malas, este poema que escribes para ella, trece cartas, al hilo del teléfono su voz de terciopelo, el ligero terror a meterte en la cama y estar solo ante el frío
de su nombre quemado,
tratando de entender por qué sigues cantando, para qué si la vida rompió las partituras,
si se hizo la sorda y te apartó de ella.

Dislocación de un ala

La ciudad duerme en ruinas
y tu ángel de la guarda te murmura, borracha, que ya fue. Que todo fue.

Acaricias sus alas, como a una perra enferma bajo la madrugada de gas.
Le besas las ojeras y contemplas sus plumas despeinadas de llorar.

La luz artificial de las farolas moja sus hombros tenues.
Subís a duras penas la escalera de casa, os tumbáis en la cama
mientras cruzan sirenas pelirrojas la ciudad
abandonada y triste como una tele vieja.

Tu ángel de la guarda pierde sangre, demasiada, al sur del omoplato
y magulladas tiene las rodillas. La sacaron a rastras de aquel antro
donde luchó por ti, caliente de gin tónics.

- Volverás a volar, hija de puta, me lo debes y esos matones a
sueldo del amor nos pedirán perdón arrodillados.
Te besarán los pies mientras les das patadas.

Good bye, musa negra

No quiero amar tanto y mal
como hasta ahora te quise. No quiero acariciar el frío de navaja de tus manos acedas, tus piernas delicadas como una carretera bajo los aguaceros, tus pensamientos negros.
No soporto tu risa cocainómana, tus celos, esos ojos que pones como de heroína en vena cuando no soy esclavo de todos tus caprichos y me escondo en los barrios en fiesta de mi vida.
No quiero este amor perro que siempre me has robado, ni maquillar ojeras, ni apuntalar fachadas, ni hacer guardias estúpidas
por una relación que es dos infiernos.
Ya no quiero correr más rápido que el miedo ni quemar la ciudad ni arrancarme más balas al regresar vencido de los sábados.
No quiero amores perros, hoy doy ternura.
No me apetece ser más tiempo ese retrógrado poeta, enfermo de palabras,
que tú te fabricaste para jugar a musa.
No, más no, casi me aniquilaste.
No busco amanecer entre las sillas rotas de tu cuento de puta. Hoy me jubilo.
Me jubilo de ti. Me mudo de poema
y me corro una juerga con amigos.

Ángeles caídos a golfemia

De ángeles y burdeles

Todavía el deseo te arrastra algunas noches.
Te arrastra como a un golfo por las calles a bares con terraza y a pocilgas sin aire.
Con humo por aliento y besos de vino negro te acodas en la barra y juegas a ser nadie.
Admiras entre sombras tanta fiesta
de músculos de gata, sonrisas provocadas por el vértigo blanco y un billete enrollado, miradas que se cruzan cercanas como trenes, copas que chocan y manos que se rozan, ángeles caídos a golfemia, monstruos purísimos, besos furtivos de una mujer casada a un tipo que hace apenas dos horas desde aquel escenario derretía sus bragas desde un solo de saxo.
Todavía te arrastra. Es el deseo.
Yo te he visto besando a una antigua vecina en el baño de hombres mientras The Cure sonaba.
Y sé que alguna vez has acabado en camas que antes no conocías y has hecho el desayuno a mujeres de un día que te arañaron dentro.
Sin embargo regresas casi siempre cansado hasta tu casa, te quitas los zapatos, ropa...
Te tumbas a jugar un solitario
hasta mancharlo todo de soledad enferma.

El cuaderno del extranjero

Pare de la Mar, invierno de 1997

Hay nubes en el puerto.
El dique del oeste se confunde, apenas discernible, con el plomo de la mar, como en un poema.
Un extranjero se arrebuja
en su bufanda y su parca amarilla mientras dibuja idiomas que no entiendes encima de un cuaderno, ajeno a ti.
El viento te despeina, y a él también, y descubre los días
como jirones de nostalgia, soledad helada, años perdidos; como un desasosiego sin amarras, anclado en unos pocos
momentos memorables.
Tratas de imaginar qué escribe el extranjero, para quién, desde qué lejanías, hacia qué malecones desborrados por las manos del tiempo en temporal.
No trates de encontrar en estas tierras lo que allí nunca hallaste
- podrían ser sus frases -, *no trates de vivir si no lo pones todo, no trates de sentir si temes a la vida.*
Sólo existe el deseo... Y aquí escribiría - puedes imaginarlo - un nombre de mujer, vulgar como un hostal, y seguiría: No seas un cobarde:
la soga aprieta al que bebe sin tregua para olvidar que la vida no respeta a quien no quiso quererla.
Sus últimas palabras tendrían que ser éstas: La tristeza
me ha llenado de líquenes y mierda las entrañas del alma.
Desde que nos faltamos
me ahogo en los burdeles, en la tibia sangre de las tabernas de los muelles.
Después el extranjero guarda el cuaderno en su abrigo,
te mira brevemente
desde sus ojos ebrios.
Se incorpora del banco,
se pierde en las murallas
de esta ciudad quemada
entre las frías manos del invierno.
Dejas correr varios minutos lentos como hormigas de hielo por tu cuello y tu cara. Te levantas despacio.
Las nubes ensombrecen - qué hostiles -

la costa y las últimas gaviotas sobrevuelan a lo lejos los buques, como huyendo de la noche que atraca.
Suenan las ocho campanadas de las ocho. Una detrás de otra hablan desde los campanarios.
Dos cigarros pisados atestiguan el paso de dos hombres
camino de la nada.
Ya es obscuro. Ya la ciudad se abriga su capa negra fría, enciende sus farolas.
Y te sientes extraño entre la piedra que observa impertérrita a los hombres.
Aprietas algo el paso y piensas brevemente en aquel extranjero que dormía su daño contra la piel desnuda de un cuaderno.

Modus vivendi

Abrir las jaulas a los gatos, emborracharme con perros con famosa mala fama de canallas, beber la sana enfermedad de los vasos de güisqui, hacerme la vida a mi medida y que no ella nos haga a su manera, levantarme de la lona del ring de las noches vencidas.

Cuidar de las estrellas en tu jardín mojado,
recoger giralunas de tu cielo para hacer nebulosas de ti, aprender a dormir en los pajares incendiados,
llegar a estar lleno de palabras y descansar en el dulce burdel de tu cama deshecha para ambos.

Letra para Extremoduro (ejercicio estilístico I)

Puede que me deje llevar pero a tu lado me tiemblan ambos pies y me tirita este alma de payaso.
Salir, beber, meterme de todo, reír con amigos, llegar a la cama tan desnuda de ti. Y mirar asustado los cuadros que pintamos de ahí enfrente donde ya no hay colores
porque te los llevaste,
como la gata, como mis ganas, como la sopa caliente, como tus tangas tiradas por ahí a sabor reciente.
Y doy patadas al reloj de cuerda para no ir a trabajar, y quemo margaritas en mi frío corazón para seguir soñando que no es un cajón tan negro.
Tam tam, llamaste a mi balcón.
Te abrí de par en par mis puertas para que entraras a robarme besos con lengua, amor a pelo, filetes de dulzura. Juramos
que no estaríamos solos, que a la luna ni tocarla de la piel de la ventana o te tirabas debajo de la cama a llorarme.
Y qué importa si la vida nos miente.
No hace falta que te diga
que aún me tiemblas aquí adentro.
Tu par de tetas que agarraba
para volar más alto. La de veces que he salido a la calle a buscarte y he vuelto con arcadas. Yo que vivía tan a gustito en mi terrado...
Apagaste los fogones de tus ojos, ya no te quiero cerca, me dijiste.
Y destrocé tus fotos hasta hartarme.
Y ahora sufro de ti, que antes no estabas.

Ciutat de cans

Los perros desquiciados de los libros están en todas partes:
logré zafarlos en el metro,
pero aún me persiguen.
Sentí sus jadeos oscuros
escondido en el váter de un bar de las afueras.
Cada noche golpean la puerta de mi cuarto y a la mañana ceden y se marchan, dejándome la casa apestada de orina, las puertas mordiscadas, sacadas de sus quicios.
Me han llegado a dar caza alguna tarde, una vez me mordieron cerca de la garganta, y he corrido mil veces entre el tráfico, empujando a la gente, golpeando, hasta poder burlarlos
al saltar una tapia
o en el sordo bullicio de un mercado.

Blues Vüle, 4:30 a. m.

En los bares oscuros - las cavernas de música en directo -, hechos de humo y luz artificial casi penumbra, a veces los solteros miran
a algún casado alegre.
Lo envidian un segundo y se imaginan el roce confortable de unas sábanas viejas - las de siempre -, el tacto de una piel cómoda a fuerza de años de tocarla; lo que espera a aquel hombre acompañado: las mismas buenasnoches de otras noches, el rito de tumbarse junto a alguien, ese tranquilo aliento conocido, las fotos aún de novios por la casa, el perfume de sueños compartidos que embriaga en la alcoba, las sonrisas...
Pero también las broncas imaginan: los críos, sus caprichos, los proyectos tirados al retrete por respeto a su esposa, la desalmada hipoteca con los bancos.
Los casados a veces envidian un instante también a los solteros.
Ven sus ojos con ganas de jugar a ser lobos, la sonrisa veneno de palabras que aguardan, la luna que les llama desde afuera, el deseo en sus cuerpos de manada, la aventura que empieza al cerrarse la noche, las promesas que ofrece
la ciudad de los sábados.
Pero también observan
los platos sin fregar del mediodía, el colchón desolado si no hay suerte, los puñetazos de los años difíciles: el paro, el desamor, el alquiler, putas palabras rotas en un folio, un mundo terrorista sin perdón, mujeres que al marcharse
les cortarán los dedos
y quemarán sus almas como quien quema yerba.

A pedradas

Gracias a la vida, ja, tu puta vida áspera, que baila en la basura con los perros o se pega a la puerta de antros de mala muerte o esnifa sueños rotos en los baños y llora como un gángster en los brazos de la primera furcia que conociera anoche.
Gracias a la vida, ja, tu princesa sin falda, que sale a pasear bajo la lluvia y escupe a los tricornios y no sabe anudar las corbatas, ni comer más despacio, ni parar de reír en los sepelios.
Esa que mea en las esquinas, en las ruedas de los coches más caros, y sale a pescarse neumonías del alma, cánceres malignos de amores incurables. Esa bonita compañera que te guiña los ojos y disfruta si te tumbas romántico con ella
sobre las azoteas de la ciudad dormida a romper a pedradas las farolas
distantes de la noche.

A fuerza de frotar

Se hundirán tus palabras.
Una mañana andarás el pasillo de casa todavía dormido,
y el olvido
- como el cadáver de una angulosa hembra -
yacerá en tu bañera.
Resbalarán tus versos como jabón y espuma por la epidermis árida de la literatura mala cuando abras persianas y te peines.
Se fundirá tu voz sin haber sido escuchada, como bombilla torpe de un sótano de nadie.
Te quedará la angustia, más de un millón de duchas a las seis de la mañana: matar en el desagüe los pedazos del sueño a fuerza de frotar.

En un cubo de basura, parodia de la poesía de la experiencia (ejercicio estilístico II)

Desde que me dejaste, en medio de este cubo, con las costillas rotas contra un amor deshecho, con tu nombre pringándome los dedos mi buhardilla se ha vuelto guarida de poetas, de bandidos y sucios pistoleros.
Llevo los hombros tristes y arrugados, la barba rala y apestada, los mismos calzoncillos, y el corazón pelado como un plátano.

No creo que haya antídoto para tal deterioro, ni persona que aguante la soledad mohosa del espejo del baño, los hongos de la taza del váter, las huellas digitales que te llaman a gritos desde el grifo, desde el polvo de la mesa, desde los ceniceros o el ratoncito cojo de la computadora.

Y he vuelto a masturbarme
como un niño vicioso,
a manchar los pijamas,
y a hacer mucho teatro
en los poemas.

Hotas bajas

Si a veces la tristeza o la nostalgia, el anhelo de vivir otras vidas o el son de la derrota ante los años apagase la hoguera de tu canto hasta dejar sólo pavesas, leños mojados, entre tus dedos de amasar palabras y conjurar la aletargada magia de las cosas perdidas en la niebla amarilla que tiñe las aceras
del otoño, los bordes de los grifos, las yemas de los dedos del que fuma, las fotografías y los espejos viejos.
Si el frío de la noche acanallara tu voz de estar por casa, ya te digo, y en harapos buscase guarecerse bajo palabras feas
- politoxicómana y violenta -: no te hagas mucho caso, sírvete más coñac.
Es sólo que la vida se esfuma en un minuto, y las calles son tantas que a veces nos da rabia,
y los años traen y venden, cambian baratijas y muebles importantes, y hasta a veces te tumbas en tu cama y el que despierta mañana es otro ya al que no reconoces.

Crack bursátil

Convaleciente aún del desencanto te me acercas y me pides que invierta de nuevo en tus negocios.
¡Es el colmo del sarcasmo!
Has de entender que estoy en bancarrota, que perdí mis apuestas una tarde
al doblar las esquinas de tu olvido; que me largué a vivir a la intemperie para no arrojarme desde los rascacielos o apretar la *gilet* contra mi sangre tierna.
No. No intentes convencerme,
es muy cruel por tu parte. Y lo sabes.
Además, cariño, no me interesa más tu empresa...
ni a plazo fijo hipotecar mi amor, ni tener casa, ni saber que mañana no habrá hambre.

Meditaciones de un náufrago

Ya sé que me hago daño y me lastimo, que vendrán viejos rostros a mi espejo - salvado del desastre del naufragio -
a tratar de aliviar las semanas desiertas.
Todo es mentira, la vida es un salvaje barco sin timonel ni rumbo ni fiel mapa; y las penas parecen tiburones hambrientos, y la maldad del mar me clavará sus dientes aserrados, sus mandíbulas crueles.
Mis ramos de palabras, esta sopa de letras que guardé del tifón,
la piel de las canciones que acaricio...
nada me salva ya; nada puede salvarme de la memoria en cueros, de la marea baja de los años pasados. Son ya tantas veces de caminar la blanda arena de la playa, de nadar en la sal de las olas lejanas, de bailar al compás de la tristeza, de jugar con las sombras de gaviotas.
Mejor tumbarme a contar nubes
y dejar de pensar en el rescate,
en los restos salvados del naufragio; no lanzar más poemas en botellas al mar, no afeitarme esta barba, no quejarme; beber agua de coco para saciar mi sed y cocinar al fuego con mis manos
la humilde pesca de los cielos inmóviles.

Declaración de intenciones

Estás harto de tanta muchachuela
que se deja convencer con malos cuentos y termina acostándose en tu cama;
de ese incómodo silencio junto a ellas cuando la aurora apoya sus dos tetas congeladas sin pudor en el alféizar; de ese vacío helado del amor sin amor, de frases sin palabras, del circo de la carne por la carne, de su comercio crudo.
Estás muy harto de explorar los mapas viejos de otros nombres, y recibir exilio luego, tras engullir café y tostadas y mentir las mismas frases de otras veces.
Lo que quieres es simple..., no te entienden: no tener más resacas, beber vino
en este mismo ombligo muchos años, dejar que te acaricien como a un golfo por fin domesticado, pero libre.

Como Horacio por su casa (ejercicio estilístico III)

No quieras conocer - triste es saberlo -
qué te deparan las próximas esquinas, o a dónde van tus pasos, compañero.
No tientes los misterios, las incógnitas que nuestros años habrán de desvelarnos.
Será mejor morder la carne
cuando servida esté sobre los platos.
Tanto si te depara el tiempo una vejez lejana o el hospital temprano de una muerte tonta y es la última vez que la mar y el verano rompen contra el cristal del restaurante donde ahora comes, sé sensato:
ama con locura lo que haces,
apura el vino de la copa, escancia más si quieres, y no esperes nada de una vida tan pobre.
Que como hablamos - ya lo decía Horacio; e lo escribió hace siglos a Leuconoe -
corre fugaz el tiempo,
el minutero hostil en tu muñeca.
Así que venga, actúa con cordura, disfruta este momento, la sobremesa, fúmate ese cigarro que ahora enciendes como si fuera el último en tu boca - o el primero -
y no confíes nunca en el futuro
ni te dejes besar sin conjurarlos lejos por los podridos labios de lo que ya no existe.

Ángeles caídos a golfemia

El día en que troyanas y griegas desertaron decidí no llorar, quitarme del trabajo, escribir en las tapias de mi antiguo colegio la lista de otomanas que nunca me enseñaron, orinar sobre ellas como un crío
hasta borrar los trazos de las letras.
Me dediqué a bailar en nubes de ginebra sobre los coches caros de todo el vecindario; cultivé las semanas, que crecieron azules, me fumé las palabras como si fueran yerba, fui buscando las faldas en oferta del final de los sábados y me probé bastantes.
Las que pude. El día en que cristianas y sarracenas se largaron, me dije que nada de tragarse la sopa de cicuta del olvido sin pan, y decidí entregarme a mi dolor con gracia, como hacen los gitanos: con palmas, golfería, doble cero.
Y me busqué palabras de la calle, y princesas de un día a las que dije: a quién hay que matar para llevarte a casa; *te vi hace dos minutos y ya me duele todo de tanto recordarte; ¿tú crees en los flechazos o voy por mi escopeta?;* y cosas parecidas que me guardo.
El día en que las yanquis y rusas me dejaron, me consolé pensando que la vida a veces besa
mordiéndonos los labios.
Y fusilé tristezas contra un muro, avivé los incendios, las navajas, y decidí jugármela jugando a hacer poemas, que no es un juego, sino un vicio aún más viejo que guardo desde niño: una manera de acariciar sin prisas los momentos, omo a una perra enferma.

Llámalo Alquimia

A Laura, magia aquí adentro,
farol contra la nada

Descripción de la alquimia

(estado primitivo)

Malas noches, dolor, mi bestia ingrata, mi buzón sin tus cartas, mi alma saqueada, mi santa nicotina, mi suerte flaca, mis ganas de llamarte, mi poesía mala, mis lágrimas, mis huesos, mis zapatillas solas debajo de la cama, mi mar sin tus gaviotas, mi absenta tras absenta, mi bohardilla, mi memoria resaca, mi saxofón más triste, mi escaso sueño, mi bohemia, mi mano a mano con tu animal ausencia. Mi lepra bestia olvido, mi trocito de cielo, mi jaula abierta donde borré nuestro futuro con mis codos.

(transmutación)

Buenos días, mi amor, mi bestia flaca, mi ramo de latidos, mi vaso de tequila, mi ángel que arde, mi luna, mi terraza, mi amanecer desnudo contra el tuyo, mi corazón manchado de tabaco,
mi última palabra, la primera: mi cachito de infierno, mi tapita de besos,
mi humo bendito. Mi ahora o nunca.
Mi ropa desvestida por tu cama.

Pipa de kif contra Petrarca

Desde una pipa de kif. En esta habitación naranja tomada tantas veces por mis antiguas bestias.
Sin ventanas que den a la ciudad
de los murales verdes. Desde una pipa de kif, despacio. Ahora que comprendo
que nada permanece, que todo se hace nada, como una piedra humo en esta pipa.
Ahora, que estaba solo y harto de cantar sobre la tierra áspera, pronuncio humo de ti; tu nombre: *Laura* . Y acuden las imágenes: carreteras perdidas entre los girasoles, refugios de montaña, mapas de piel desnuda, el metro de Madrid, aquel hostal que da a la calle Pez, los marcianos parajes de Josa, el Alto Tajo donde rocé dormido tus tobillos de invierno...
Y parezco Petrarca con los dedos manchados de polen mentiroso de poemas.

Yo no sé de los pájaros, pero adoré mis alas.
Yo no sé qué es el fuego, pero viví quemándome.
Y de ti no sé nada pero me desarraigas del lenguaje.
Y duermo a la intemperie
de tus ojos,
donde ya las palabras no pueden abrigarme.

El kif es mi mentira, esta pipa una excusa, y Petrarca ese imbécil que pretendió encerrar tus caderas elásticas en rígidos sonetos.

Prestidigitación del amor

Y fuimos al infierno artificial del amor.
Y hubo ángeles negros que castigó la luz rebelde y húmeda de nuestras pieles juntas.
Pero nos daba igual perdernos: ni laberintos infinitos, ni páramos de espadas oxidadas podrían sujetarnos. En medio del destino fuimos de carne y hueso. Sabíamos
que en menos de tres horas correría a llamarte bajo el aguacero de una cabina roja, y que vendrías tú a comer de mis manos tu propio yo más íntimo y más crudo
hasta calarnos del todo y sobre un charco quebrar nuestro reflejo, la noche de neón, la arquitectura gótica y los gatos,
la realidad mediocre de los ciegos.
- Princesa de Tinieblas, vente pronto, estás tardando demasiado,
deja que lama las costuras de tu alma de liebre
como se come un clítoris:
con la salvaje ternura de un lobezno.

A la maneta de Ángel González y Garcilaso de la Vega

Si yo fuese Dios, si pudiese, si supiese el secreto primero de la vida, si me dejaran: te crearía tal cual eres: tu misma risa que me tiembla aquí adentro, tus tobillos, tu forma de mirarme, de jugar con el puzzle de tristezas que forma mi pasado, tu boca que esparce, Laura, en aire asalvajado epidemias de besos como pájaros, que desordena el caos que llevo dentro por no querer amarte, y sin embargo..., mira, me desarmas.
Si yo fuese Dios... ¡Qué carajo! Prefiero apenas ser un hombre, saber que existe el fuego, que vos podéis quemarme, que vos tenéis la hoguera, que por vos debo arder,

que tú a mí
me quemas.

Bajo un dolmen

A Joan, hermano, compañero de viaje Quizás la dehesa de encinas y alcornoques, o la sierra de rocas imposibles

donde el tiempo como un niño jugaba con sus manos de viento y soledad.
Quizás aquel minuto eterno contra
la yerba verde, en silencio, quieto.
O Laura pintando el paisaje, sencilla y nítida como un latigazo en la espalda
de mi felicidad; o Eva igual que un osezno, libremente abrigada contra ti.
Quizás los parajes de ceniza miedo, memoria del incendio, del dolor de los árboles.
O ese musgo quemado, o aquel cuervo que grazna...
Quizás nosotros cuatro, el dolmen donde estamos, la mañana azul desguarecida bajo los cielos altos.
Quizás la vida, sí, la vida, amigo nuestro: este frágil desconcierto entre tantas palabras, esta luz en la sombra que nos ama y odiamos, o que nos odia con sencillez de niño, y nos obliga a amarla.

Plegaria a la musa

Quisiera ser tu aguijón, tu avispero de besos, tu furtiva escapada del trabajo, el humo de tu boca, tu gemido, tus ojitos cerrados, el sol que te despierta, tu mañanita en cueros.

Quisiera ser tu gramito de sueños, tu futuro sin plata, tu secreta bohemia, la luna de tu risa, tu brindis al infierno, tu flaco y tu travieso, tu Tarzán de las camas, el gato centinela
de tus noches, tus alpargatas viejas que no duelen tu café con tostadas, tu desayuno, tu último poema.
Me basta sin embargo
que me mates a besos, que me comas a cachos,
y me acerques tu fiebre, tu ropita interior y tus leotardos.

Habitación cerrada

Y entonces, cuando la realidad
me aturde, me llama a sus trabajos,
a horarios, a rutinas,
me despista de ti, me dice que estás lejos, se delata y me entrega al desamparo:
cierro ventanas, puertas, corro cerrojos y cortinas, apago interruptores, me cubro con tres mantas en el suelo invisible de mi cuarto, aspiro vértigo, escucho el sonido de mis pensamientos, que zumban como un panal de abejas.
Nos fabrico la noche artificial de este poema.
Entonces vuelves, con nitidez de cuarzo a golpearme el cráneo por adentro,
y estás entre mis brazos, y eres la albada negra y sus antiguas razas de bestias extinguidas, y eres la frágil flor del cactus que esta luna brotó desnuda de mi cantar desierto, y un sábado naranja de diciembre
en que tú y yo temblamos cubiertos de palabras.
Ángel de mis infiernos, tiniebla íntima, agua que blanda horada la dura piedra de mi sangre, viruela, cáncer mío,
fiebre alta, voz de sirena en cuero
llamándome al naufragio eres.

Y tu nuca titila como un planeta virgen en la desolada oscuridad artificial de mi mente. Aunque tú estés tan lejos de mi cuarto - y quizás mis palabras no te tocan -
y yo muerda tus sombras solamente.

Amapolas negras

Amapolas negras en la atmósfera
me dicen que estás lejos,
pero yo no hago caso. No reniego
de ti. Mercenarios sin rostro, gigantes, me persiguen. Quieren robar tu nombre, la alquimia misteriosa de sus letras.
Registran y destrozan todo mi apartamento.
Llevan esclavos con cadenas que husmean los rincones. Yo les escondo el puñado de letras que me diste, las guardo en los bolsillos más oscuros de mi chaqueta vieja.
Huyo al barrio del vértigo y la nada.
Como en una película de gángsteres.
Esquivo a sus caballos,
aprieto la hoja mellada
de mi arma contra mí, aspiro el óxido, me oculto tras las sombras de un portal, desciendo hacia los túneles del metro: escaleras de caracol, laberintos de baldosas blancas, antorchas, el resuello de sus secuaces tras mi nuca.
Y tomo trenes subterráneos hacia las casas últimas del arrabal, donde duermen las vírgenes de esta ciudad-imperio, y las murallas se alzan contra la vía láctea. Allá espero a que vengan.
Aterido bajo la noche sin farolas. Sin escudo, sin mi cota de mallas, en pantalones de pana.

Me cortaré la lengua, se la daré a los perros antes de desvelar siquiera qué pie calzas o el número de móvil desde el que cada sábado me llamas por mi nombre y sé que existo.

Amanecer en Josa

Como la dulzura de dos mujeres amándose en penínsulas de tela,
tan rotas de belleza, sobre un sillón de cuero negro helado; como la desmembrada madrugada
de Cáceres; como un túnel en tren
del que se marcha lejos, para siempre.
Así me dueles hoy, tan de mañana,
todavía envuelto en bata, con el pijama sucio todavía de sueño, los ojos en harapos de alba, las zapatillas rotas, la voz aún inexperta, virgen de palabras, el café tembleante entre mi pulgar y mi índice y mi boca, la increíble sorpresa de tenerte a mi lado que desborda mis manos, mi quijada, mis ojos.
Has cambiado de nombre, estás quizás más guapa, de ciudad y de cuerpo, y hasta de zumo y alas.
Me hablas de Hojas de hierba con gestos exquisitos de actriz de cine pomo, o de princesa nórdica, o de hermana, compañera, crítica literaria.
Es tan nuevo que duela en mis entrañas este dolor tan limpio y sano, tan alegre, que no sé cómo decirte cien mil gracias, o cómo no enviarte el adas de mi mundo en postales antiguas con poemas al dorso, y darte libre amor, y tibio,
y muchas cosas más que se me olvidan.
Que aunque nos perderemos, pienso adorarte ciego cada inmóvil mañana que nos tenga,
tirar piedras a la luna por tus ojos, dar patadas...
ser pardo y gato y hacer muy mala vida en tu tejado.

Estudiante de Alquimia

Caramelo del alba, infierno en cuentagotas, aquelarre de sueños,
piel sin ropa, cómo explicarte que toda la ciudad se hace ruinas,
que mi casa
se cae a pedacitos, que tu ausencia sabe a cigarrillos en mis dedos,
que me manchas de amor
el corazón, los pantalones y los ojos, que hay fantasmas dibujando
el rastro de tu cuerpo en las paredes de mi memoria frágil y
aturdida.

Cómo decirte así, sencillamente, sin retóricas baratas, que le faltas
al alba y a mi almohada, que este café sin ti es tan amargo, que este
lunes sin vos se parece al colegio, y yo ahí: castigado. Sin recreo. En
una esquina.
Huérfano. Releyendo tus cartas.
Estudiante de Alquimia.

Camelot, siglo XXI

Estoy aquí. Una terraza
de la almena más alta.
Solo con mi café y con tu ausencia tan nítida titilando en mis ojos.
Llovizna suavemente
en las calles marítimas
y en mi alma hace charcos.
Hórridos ejércitos se acercan con sus naves corsarias a la costa.
Detrás de la muralla anclan sus buques y ya no crecen algas,
se agria el agua de pescados podridos.
Bandadas de gaviotas sobrevuelan la bahía asediada,
donde hay trajín de espadas, autobuses, sudor bajo las lorigas,
adargas despedazadas, abrazos, teléfonos que suenan y que nadie descuelga.
Bajo los pies descalzos de mis hombres se enroscan alacranes de fe negra.
Fuman con ansiedad, escriben cartas a sus trágicas mujeres, apuran los tres dedos de luz que restan a la tarde.

No temáis, Laura, en el adarve hacen guardia mis centinelas fieles.
Tendrán que degollarme en una plaza pública.
Jamás serás cautiva. No hablaré del refugio donde tú me ofreciste tus caderas de plata, la quebrada clepsidra de tu noche, las plantas trepadoras que llevaban a vos.
No temáis, Laura, no sabrán que huiste en un avión a la península la semana pasada. Ni que guardas el cofre de poemas que te di detrás de los yogures, en la nevera.

Poema de vapor

Cuántas ganas de darte mi corazón de barro, mis desplegadas alas de papel pinocho.
O cosas más sencillas: una copa de vino, las señas de mi casa, un trozo de mi cama.

Y mañana, café al despertarnos y este poema dibujado en el espejo empañado del baño.

Canción de carretera

Hoy no pido demasiadas cosas: un cuaderno, bolígrafos,
tu boca a medio hacer, tierna y mojada como un cazo de leche derramada.
Nada de lujos ni adjetivos a tientas ni fajos de billetes dentro de una maleta.
Apenas una mesa y dos platos, cuatro libros, un poco de tabaco,
mapas de carreteras y el tanque lleno en nuestra furgoneta.
Que alguna vez me salgan
cuatro versos decentes
y poder revolcarnos como niños en un pajar abandonado.
O en un campo de girasoles altos seguir el rastro de tu ropa hasta encontrar tu piel desabrigada encima de la yerba.

Alba en Madrid

Alba, maldita alba, vete.
Tu luz no es bien llegada al dormitorio. Alba, maldita alba, aparta tus dedos de la almohada.
No anuncies por el barrio que empieza la jornada, no ladres en los perros, no toques a la puerta, no te caigas
escaleras abajo
de la madrugada.
Alba negra, mal llegada alba, hoy no, hoy no vamos a abrirte.
Vete, bonita, vete.
Todavía queremos
- otro rato -
follar como se folian las putas a un poeta.

S'Almonia, tres años después

Hemos tomado el sol toda la tarde frente a las cuatro casas
de antiguos pescadores,
igual que lagartijas, como cactus.
Los escasos turistas
han ido abandonando
y aquel tipo desnudo
que leía a Paul Auster
y admiraba tu cuerpo
de belleza primaria
tras sus gafas de sol,
con disimulo,
también nos ha dejado.

Al subir la marea has recordado que esta fue la primera
playa donde nadaste
al visitar Mallorca hace tres años.
Pero ahora sin bikini, has bromeado.
Nos presentó un amigo días antes y tardaríamos meses en
acostarnos juntos.
Vivías en Madrid - y eso era lejos -
y los dos aún teníamos
las manos magulladas
de amores anteriores.

Luego hemos vuelto al presente y la marea ha subido callada y ha
tratado de tocarnos los pies.
Nos hemos refugiado
tras un pequeño bote
que dormía volcado y la pasión se nos ha desatado, como un perro.
Hemos hecho el amor y las gaviotas han ido desertando hacia el
oeste mientras giraba el cielo
de nubes desgarradas
y nubes de mosquitos anunciaban que ya se hacía tarde y había que
marcharse.

Hemos hecho un cigarro y tras vestirnos y recogerlo todo, nos ha
anochecido.
Hemos subido a tientas ciento veinte escalones, que llevan de la

mar hasta la carretera, y en el ochenta y cuatro me he parado a escuchar el silencio del paisaje.
He sentido los músculos,
el aire en mis pulmones.
He sentido tan áspera la sal bajo mi ropa.
He tomado conciencia de mi cuerpo, de esa rara alegría de estar vivo y de ser uno mismo y no ser otro.
En lo hermoso que a veces es amarte.
Pensamientos que siempre me provoca la mar.

Hemos llegado al coche
que heredé de mi padre.
Lo has puesto en marcha.
Has bajado las ventanillas, y el mundo huele a pinos
y a verano maduro.
Hemos puesto la radio para llenar la noche.
La carretera huye en los retrovisores y al girar esa curva la bahía de Palma aparece desnuda y temblorosa de luces entre las siluetas negras de los algarrobos.

Nana de plumas negras

Primera nana

A mis abuelos, Antonio Andrai Gamundí j Antonia Mìnimi Enseñat

(I)

- Tengo noventa años de carne y pensamientos, pena de que todo cuanto hice y viví tenga al fin que extinguirse, hacerse sombra.
Fui trabajador y honrado y guapo, amigo del tabaco y a temporadas libre.
Tal vez por eso
me moriré sin casa y sin dinero.
Recuerdo que hice redes y maromas para los pescadores, que fui herido en el Ebro.
Boxeé en la ciudad en los años cuarenta.
Amé a tu abuela, con miedo, en la distancia, cada noche enfermada de la guerra.
Dormí sobre cadáveres para guardar la vida, pasé hambre y frío y el dolor de metralla en una pierna. Una vez desertamos mi amigo Sebastián y yo, y nos perdimos en un largo tranvía hacia la retaguardia roja, y aquello fueron pueblos miserables sin pan ni hoces ni alegría: toda Castilla, un campo asilvestrado, trigal amargo.
No sabía escribir, no sabía leer, y Sebastián escribía al dictado largas cartas de amor para tu abuela, quien aún las conserva.
En las fotos de entonces me parezco a los galanes clásicos del cine y mi sonrisa tiene un algo de canalla.
Luego fui envejeciendo y fui feliz y seguí amando a tu abuela,
que cuando la conocí tenía apenas quince años y la mar en los ojos y unos pies de miserias y un carácter de sargento de la guardia civil que me hacía temblar como un ejército.
Ya he cumplido mi viaje,
el tuyo empieza apenas - me dijiste.
Y tus ojos de roble,
que apenas sí miraban ya a este mundo, eran como los míos.
Exactamente iguales.

(II)

Te marchaste, y la abuela
en su silla de ruedas
llora igual que lloraba
el día en que vinieron a llevarte a la guerra.
Dice que aquí te esperará, en esta residencia donde la noche grita en los ancianos, aunque mi padre ya no esté entre sus brazos ni tú hayas de volver ni exista el siglo XX.
Esperará tu vuelta, abuelo. Pero es tan fuerte.
Tiene las manos finas como un bebé, los mismos ojos de mar mediterráneo que tú le conociste de muchacha, ochenta y nueve años, el carácter de siempre, trece bisnietos y una fotografía vieja donde mira al pasado y a la vida luchada palmo a palmo a tu costado.
Ay, abuelo, hoy tu mujer ha besado tu boca muerta y ha hablado de posguerra, de los años que restan, de la cama vacía donde tú te acostabas.
Ha recordado que tuvo veinte años y a mi padre en sus brazos,
y aquel país de hambre,
triste España de pólvora,
sin tus manos de hombre.
Dice que aún te escucha hablar, abuelo, y se queda en silencio y la memoria ¡qué áspera puta! le restriega la cara.
Hasta hacerla llorar.

Segunda nana

A papá: los domingos, sin ti, son otra cosa

[Madrugada del 23 al 24 de noviembre]

La carretera mojada. Nuestro coche que quema la calzada como una yegua triste.
Y atrás, a nuestra espalda, es ya Palma de Naranja, Palma Negra.
Los campos se acobardan debajo de la lluvia y el mundo se nos viste de nana de The Cure.
Almendros y algarrobos asustados corriendo a nuestro lado, bajo el agua.
La madrugada en pánico. Cinco hermanos a bordo de este coche borracho de dolor.
Atravesamos el camino de grava donde mi hermana atropello a una perra, hace más de diez años.
La verja de nuestra casa abierta.
Una ambulancia. Las sirenas - azul de pesadilla -
de un patrullero de la policía local.
Una madre llorando en el salón de casa - nuestra madre -
donde aún nos juntábamos todas las navidades.
Nuestro padre sin vida en su cama de siempre, roto como el motor de un ciento veintisiete.
Vértigo de oírlo todo como de demasiado lejos, la lentitud de dieciséis cafés en una sola noche.
Trabajadores de la funeraria con guantes de látex y ayudarles a llevar el ataúd bajo la lluvia hasta una furgoneta.
Mamá de un lado al otro de la casa, como una marioneta bajo efectos del válium.
Qué manera tenían las palabras de llenarse de líquida torpeza, de pudrirse despacio en nuestras bocas. A mis hermanas la menstruación se les cortó de golpe en las entrañas.
El último cigarro de papá me miraba desde aquel cenicero. La última cerilla que sus ojos pudieron ver raspar y arder en el planeta Tierra.
Su cama ya deshecha para siempre.
Tenía el corazón tan grande que, al detenerse, se vació del frío que ha invadido la casa.

[24 de noviembre]

Luego, al día siguiente, el velatorio - y allí mi padre con un paquete de Récord en las manos -
y familiares lejanos que se nos acercaban a arañar todavía un poco más nuestro dolor de carne con nombre y apellidos.

[Mediodía, 25 de noviembre]

Y al fin incinerarlo, aquel último paquete de tabaco
entre sus manos,
que perdieron el tacto.
Sesenta y ocho años han cabido en una urna negra.

[Atardecer bajo una higuera, 26 de noviembre]

Debajo de una higuera,
cinco hermanos, sus parejas, una mujer - nuestra madre -, diez nietos, un puñado de amigos y la tarde agazapada encima de los campos.
De Dios no había rastro, pues papá era ateo y nadie lo invitó.
Cavamos media hora.
Plantamos a mi padre, regresamos sus restos a la tierra, para que fueran barro.
Lanzamos unas rosas y claveles.
Dijeron a los niños que ahí había que enterrar tesoros de su abuelo porque se había ido a una estrella infinita.
Así que una de mis sobrinas le escribió una carta y la dejó caer.
Otra le compró un paquete de cigarrillos negros, y lo dejó caer.
Un tercero, entre lágrimas, reunió sus cromos del Atleti - era el club de papá -,
y los dejó caer.
Los nietos más pequeños pintaron unos folios y los dejaron caer.
Mi hermano sacó de un bolsillo de su chupa un libro que le habían publicado y lo dejó caer.
Después echamos, uno tras otro, una pala de tierra, hasta tapar el foso.
Y abrimos un paquete de tabaco y fumamos un último cigarro de la marca de papá, y si cerrabas ojos se le podía oler.
Entonces Venus brilló en el cielo y mi sobrino de tres años dijo: ¡La estrella del abuelo!
¿Podemos ir a verlo en autobús?

[Ya ha anochecido, 26 de noviembre]

Así que hoy no me habléis
de todas esas cosas tristes que a veces es la vida, ni de papá tan muerto como una olla de barro crujida a la mitad ni de estas plumas negras que nos dejó su ángel.
Nos enseñó a gozar de las cosas sencillas, cotidianas, del placer escondido en cada gesto.
Y hoy lo hemos sembrado debajo de la higuera que él mismo había plantado hace más de treinta años.
Y hemos hecho paella en el fuego de leña y nos hemos sentado a la mesa de piedra, como cada semana. Pero falta una silla.
Ya siempre nos faltará una silla a la mesa
los domingos.
Hemos plantado
la vida de mi padre debajo de su higuera.
He heredado un jersey.
Lo llevo puesto para escribir este poema.
Lo he mojado de lágrimas. Pero no importa.
Lo difícil será volver a nuestro campo y saber que no aparecerás en bata a recibirnos.
Quisiste regalarnos las ganas de vivir, sencillamente eso, pero no quedan fuerzas...
Cuánto cuesta borrarte de la vida, aunque ella te haya borrado a ti ya y continúe girando a nuestro alrededor el mundo, como si nada hubiera sucedido anoche.
Cuesta tanto aceptar que no crujiera el eje del planeta a las doce y catorce de ayer noche, cuando llegó la nada a tocar a tu puerta y a llenar de basura
las próximas semanas de nosotros.

Post scriptum

Para mí cada poemario es el testimonio de un hombre (o mujer) en pleno enfrentamiento con su vida y el mundo. Es una fotografía inmóvil del ser durando, del movimiento infinito en medio de la nada: una radiografía de la vida creándose a sí misma constantemente, sin pausas, en presente continuo. Es algo así como hablar desde los muertos hacia los que aún no han sido, desde un punto espaciotemporal actual. Es decir, un medio de comunicación profunda, tanto sincrónica como diacrónicamente hablando (tanto con uno mismo como desde los demás hacia los demás). Una insurgencia contra la finitud, una mota de polvo gritando de pie, al borde de la Vía Láctea, su hambre de infinito, que nunca ha de alcanzar ni comprender.

Podemos imaginar el poema como una extraña maquinaria donde el poeta introduce las emociones que experimenta al entrar en contacto con una realidad concreta para que podamos alzar de nuevo en cualquier momento y lugar, por encima de distancias, con rotundos matices, la vida ante nosotros. El poema es un frasco de aromas embriagadores que podemos destapar para emborracharnos de la íntima rebeldía de ser.

Cuando escribo, no es tan importante lo que digo, la epidermis del lenguaje, el aspecto dócil o áspero de las palabras, la música, el ritmo, la técnica de que me valgo (eso son tan sólo los artefactos que utilizo para mi simulacro), como la emoción concreta que habita detrás de todo ello, el sentimiento-mundo que subyace en un nivel más profundo y que me transciende porque nos concierne a todos como especie emotiva. El poema logra su efecto, su magia, gracias a un proceso ciego que deconstruye una emoción concreta hasta convertirla en un sentimiento abstracto común a todos para luego reconstruirla de nuevo y dejarla inmóvil en un texto, de forma que el lector pueda así realizar el mismo viaje, aunque en sentido inverso: del texto a su vivencia concreta, recibiendo un fogonazo o un escalofrío parecido a la misma vida, que puede ayudarnos a conocer mejor distintos aspectos de nuestra humanidad.

Anatomía de un ángel hembra es un libro cercano que arde como un cuerpo que quiere ser apagado con saliva de otros. Nació hace casi diez años y creció a trompicones: a ratos densamente, a momentos parado. Fue libros diferentes. Fue mierda y fue oro. Anatomía de un ángel hembra pretende ser la crónica vivida e intensa de una metamorfosis, un viaje virulento por el alma humana; quiere ser un estudio minucioso e intuitivo de lo que nos sucede al caer en los brazos de ese ángel raro, lúcido a veces y a ratos enfermizo, que llamamos amor, que llamamos belleza, que llamamos vida. El poemario se cierra con dos nanas que sólo mi familia vivirá de verdad: son una canción de cuna para que nuestro padre y nuestro abuelo duerman y nos sueñen todavía desde la nada: donde todo puede ser.

Pedro Andreu, juglar en paro

Este poemario se terminó de soñar en las estancias
mal amuebladas de mi cabeza en noviembre de 2006.
Ahora es de todos la piel de sus palabras,
el rumor de sus alas heridas.